



UNIVERSIDAD  
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL  
PIRHUA

# EL ENCUENTRO CON LA VERDAD

Genara Castillo-Córdova

Piura, 2009

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía

Castillo, G. (2009). El encuentro con la verdad. *Mercurio Peruano: revista de humanidades*, 522, 35-39.



Esta obra está bajo una [licencia](#)  
[Creative Commons Atribución-](#)  
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

## El encuentro con la Verdad

GENARA CASTILLO

### a. El ser humano necesita de la verdad.

Todo ser humano necesita de la verdad porque es su manera de poseer la realidad. Existen verdades fácticas, como la de que el ordenador con el que escribo ahora es de tal marca o tiene memoria de tal capacidad. Para obtener esa verdad sólo tengo que constatar esos datos. Hay otras verdades más profundas que conllevan más esfuerzo como la de que todo ser humano posee alma inmortal, que tiene dignidad y otras más altas todavía.

En cualquiera de los casos, poseer la verdad nos proporciona mucho gozo. Cuando uno trata de resolver un problema de matemáticas, realiza el planteamiento, resuelve las operaciones y luego va al solucionario, casi temblando de emoción y cuando ve que ha dado con la solución correcta, sus ojos se llenan de luz, exclamando: ¡esto sale, es verdad!

Es el “¡Eureka!” famoso que significa “¡lo he encontrado!” y que se atribuye a Arquímedes, quien descubrió que la densidad de un cuerpo puede ser calculada midiendo el volumen de agua desplazada cuando dicho cuerpo es sumergido en el agua. Pero ese gozo se repite con cada nueva posesión veritativa, cuando aprendemos algo nuevo, cuando escuchamos la quinta sinfonía de Bethoven y descubrimos su verdad, etc.

La verdad es de tal nivel que es requerida en la convivencia humana. Aristóteles, (s. IV a. C.) solía decir que la aspiración a la verdad es propiamente humana y que los seres humanos nos reunimos en sociedad para hablar sobre lo bueno y lo malo, para ayudarnos, para mejorar y que por eso nos juntábamos para hablar de la realidad, para compartir nuestro saber y discriminar el bien del mal.

Esa posesión veritativa es la que luego compartimos con los demás. Podríamos decir que el nexo social básico es la verdad, ya que si bien la amistad representa un grado mayor, requiere y exige precisamente la verdad para ser tal. La educación en la familia, en el colegio, y a todo nivel se da en base a transmitir la verdad, la actividad económica de una sociedad se mueve en términos de verdad (de lo contrario acaecen las crisis, como la que hemos tenido recientemente), el ámbito del Derecho igual, etc.



Con su nueva Encíclica, *Caritas in veritate*, el Papa Benedicto XVI en la que trata sobre la verdad con minúsculas y la Verdad, nos recuerda precisamente que la primera condición para todo “encuentro” entre los seres humanos es la verdad. Es preciso encontrarnos primero con ella para poder encontrarnos con los demás.

Lo sabemos muy bien, ya que es experiencia cotidiana. Sólo la verdad une. La falta de verdad, la mentira, divide, separa. Entre un grupo de personas todo va bien hasta que se cuelean las mentiras o lo que es peor “las medias verdades”, entonces se acabó tal amistad y tal relación.

También lo vemos en la vida social, en que el auténtico diálogo se basa en la verdad. El diálogo no es una negociación, no es un pacto, porque éste puede estar sujeto a intereses egoístas. En cambio, la verdad “libera de sí mismo”, nos libera del subjetivismo, por eso es capaz de ponernos “más allá” de nosotros, nos sitúa en la realidad, crea ámbitos de encuentro, de unión, teje redes sociales fuertes. Solo la caridad en la verdad es vínculo social auténtico.

De ahí que afirme (n. 4) el Papa que «la verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas. La verdad abre y une el intelecto de los seres humanos en el *lógos* del amor: éste es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad».

Pero la caridad cristiana tiene en sus entrañas la verdad sobre el hombre. Para que los hombres puedan encontrarse hace falta una verdad trascendental. ¿Y cuál es la verdad de todo ser humano? Nuestra condición sacra, el que somos amados infinitamente, que venimos del Amor y nuestro destino es amar. Así, la caridad cristiana pone por delante la verdad sobre el hombre: que su Origen y destino es el Amor divino: cada quién es amado de manera personalísima por Dios. Cada quien tiene una dimensión sagrada: la de ser sujeto de un amor de predilección. Pre-dilectos (pre=antes, *diligere*=amar) quiere decir “elegidos con anterioridad”, desde toda la eternidad, y eso en rigor solo lo puede hacer Dios. Y no solamente creados, también hemos sido redimidos personalmente, porque si como dice San Pablo “Cristo ha muerto por *mí*”, ese “mi” debe ser sumamente importante.

La primera verdad sobre el hombre es ésa, y ahí se apoya su gran dignidad, la de ser hijo amadísimo de Dios. Por eso San Josemaría sostiene que quien “no se sabe hijo de Dios, **desconoce** su **verdad** más íntima” (*Amigos de Dios*, 26). Benedicto XVI nos lo vuelve a recordar (n.5): «La caridad es amor recibido y ofrecido. Es «gracia» (*cháris*). Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados».

## b. El drama del hombre, hoy.

Es en este marco de la verdad revelada donde se sitúa la Doctrina social de la Iglesia: «Es el Amor revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. *Jn* 13,1) y «derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (*Rm* 5,5). Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad» (*Ibid.*).

Sin embargo, el desafío de la fe es muy grande actualmente. Ahora cuando estamos acostumbrados a no dar por verdadero más que lo que nuestros ojos ven, lo que nuestras manos palpan; cuando las nuevas tecnologías nos “acercan” mundos antes inimaginados, que ahora están al alcance de nuestras manos, cuando el consumismo nos quiere hacer creer que lo que necesitamos es más que lo que tenemos; ahora cuando las ciencias sólo nos dan datos de los “hechos” cuantificables, palpables y comprobables; la fe se nos ofrece como un reto.

La fe constituye hoy una auténtica provocación, porque la mayor parte del día nos movemos entre cosas “visibles”, la cultura a la que nos hemos referido antes nos tiene muy instalado en lo comprobable; pero resulta que las verdades de la fe (entre ellas la verdad sobre nosotros mismos, la del Amor con el que hemos sido y somos amados) son lo más alejado de lo visible y comprobable.

¿Cómo creer en Dios si sólo nos movemos entre lo visible? Porque Dios es invisible, y como decía el entonces Cardenal Ratzinger en su famoso libro de *Introducción al cristianismo*, por más que amplíemos nuestro campo visual Dios no comparece ante nuestros ojos. Pero además, si alguno nos dice que Dios se hizo hombre para acercarse a nosotros, resulta que se acercó tanto que le matamos, es decir que es un “hecho” que no reconocimos a Jesucristo.

Y por si fuera poco está la libertad humana que puede hacer –y de hecho hace– y cometer errores, y hasta maldades, como asesinatos, guerras, diferentes tipos de violencias (una de ellas es la de someter a condiciones de pobreza inhumana a buena parte de la humanidad), etc., ante lo cual algunos espíritus infantiles se escandalizan diciendo que cómo es posible que exista un Dios que “origine” tanta maldad, como si Él fuera el que moviera el brazo del asesino o del avaro que actúan libremente.

En medio de toda esta situación, lo maravilloso que tiene la fe actualmente es que se puede lucir tal cual es, es decir como un salto, una adhesión a Dios, que se da desde nuestra elección personal: es un “CREO EN TI”, me adhiero a ti, te creo, es algo que no es abstracto ni impersonal.



Por eso dice el Papa, el encuentro realmente trascendente es el encuentro con la verdad que es una PERSONA, que no es una idea. Es ese salto de lo visible a lo invisible, de nuestra pobre seguridad a la de Él, lo que constituye un estado de continua conversión, ya que estamos llamados a descubrir toda la riqueza de la vida divina en nosotros, pero ella no es accesible a nuestros ojos, y por eso requiere una constante elección, una renovación continua de nuestra adhesión.

Con la fe viene la esperanza y el amor, porque sólo se cree y se espera en quien se ama. Ésa es la grandeza del creyente, que tentado de toda suerte de dudas, impugnaciones y velaciones, mantenga su voluntad abrazada a la PERSONA de Dios, en quien busca una amistad y un trato que empiezan en esta vida, pero que salta hasta la vida eterna.

Ése es el gran desafío y la apasionante aventura. Aquí cada quien escribirá su biografía de manera distinta, porque diversas son las circunstancias y las personas. En el contexto actual es urgente la necesidad de recordar la verdad sobre el hombre, su dimensión sagrada, ya que tiene radicales consecuencias en la vida de los pueblos, de las naciones; así dice el Papa en la última encíclica: «En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral».

Los seres humanos solo nos vamos a unir realmente cuando nos sepamos hermanos, pero no en un plano meramente humano, sino imbuidos en nuestra condición sagrada. La caridad en la verdad lleva a estudiar rigurosa, serena y desapasionadamente la realidad social, las diversas situaciones y problemas, nos “libera” de la visión subjetivista, que lleva a relativizar los asuntos; exige un ingente esfuerzo por plantear de manera integral, imparcial y profundamente la realidad, pero además de modo especial, remueve y genera la energía necesaria para hacerla “operativa” en la sociedad; y sólo así la caridad cristiana puede “penetrar” eficazmente la vida social.

Por ello afirma el Papa (n. 4): «Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad»

Benedicto XVI –como es sabido– posee una gran profundidad teológica, su penetración en la realidad divina le llevó a escribir su primer encíclica de *Dios es amor* y es a la luz de esa verdad que audazmente ofrece al hombre de estos tiempos una alternativa para enfocar los retos actuales: «La verdad preserva y expresa la fuerza liberadora de la caridad en los acontecimientos siempre nuevos de la historia. Es al mismo tiempo verdad de la fe y de la razón (...). El desarrollo, el bienestar social, una solución adecuada de los graves problemas socioeconómicos que afligen a la humanidad, necesitan esta verdad. (...) Sin verdad, sin confianza y amor por lo verdadero, no hay conciencia y responsabilidad social, y la actuación social se deja a merced de intereses privados y de lógicas de poder, con efectos disgregadores sobre la sociedad, tanto más en una sociedad en vías de globalización, en momentos difíciles como los actuales» (n. 5).

Desde este marco y con esa luz el Papa enfoca la justicia, el bien común, el problema del hambre en el mundo, el tema de los mercados de capitales, la espiral de reclamos sociales (porque no sólo hay derechos, también hay deberes), el papel de los sindicatos, la denuncia de las diferentes ideologías miopes para ver integralmente al hombre (el “hambre de Dios” es tan importante como el “hambre de pan”), por eso empieza por recordar el sentido divino de la vida humana, porque es muy humano dar a Dios a los hombres, que lo necesitan para a partir de ahí construir la vida social.

Genara Castillo

Universidad de Piura

Genara.castillo@udep.pe

